

ROJO WESTERN, Isabelle Wéry, ed. Au Diable Vauvert, extracto de la segunda parte Traducción del francés: Adrien Pellaumail (CPTI-IFAL)

Van pasando los días en el cortijo, cada uno más encantador que el anterior. Vivo en una materia más suave y flexible que nalga de bebé. Son días mullidos, ondulantes, aéreos. Tan aéreos que me vuelvo libélula. Una libélula que se arrastra del sofá a la cama, de la cama a la tumbona, de la tumbona al sillón de mimbre. Soy esa cosa ya sin esqueleto, blanda y flácida, que se desparrama de una postura horizontal a otra. Ningún mal pensamiento llega a arañar mi mente, ningún miedo, ningún dolor, (ni siquiera por el lado de mis escozores.) Una especie de paz en el alma que uno sólo alcanza el día de su muerte, supongo. Hasta tengo que pellizcarme de vez en cuando para asegurarme de que sigo viva. Y vaya que sí, viva estoy. De hecho creo que nunca había estado tan viva como hoy, a los mil años de edad. El juvenilismo, qué estupidez. Esa especie de dogma estúpido que anda rondando en mentes estúpidas. ¡Estúpido juvenilismo! No te enfades, Vanina. Nos importan un bledo los estúpidos. Live your life. Chill.

El calor es tan intenso que se podrían freír huevos en los troncos de los árboles. La atmósfera me evoca el infierno, el azufre, el diablo y unos cuerpos rostizándose en hogueras. Se me aparecen criaturas tan torcidas y proteicas como en los cuadros de Brueghel. Pero me encanta. También experimento cómo mi sangre hierve en mis venas, como está realmente a punto de cocerse y transformarme en morcilla humana. Es magnífico, este casi punto de no retorno. Jamás en la vida había tenido tanta consciencia de ser una criatura de carne y de que, al igual que los miles de animales que me he comido, mi cuerpo podría alimentar a alguien. Diluyo este pensamiento ligeramente aterrador refrescándome con agua helada; inunda todos los canales de mi organismo y siento que me estoy convirtiendo en la ciudad de Venecia a medida que se inmiscuye en los más ínfimos recovecos de mi geografía. Eso es, me convierto en Venecia y, como ella, estoy a punto de ser engullida por el divino líquido.

De vez en cuando, los gritos de los pájaros son interrumpidos por unas ráfagas provenientes del campo militar. Imágenes furtivas de ajustes de cuentas en el Far West llegan insidiosamente a excitar mi imaginación. En cuanto a los pájaros, cantan como chiflados. Incluso la oropéndola. Eso no es “normal”. Cantan con voces estridentes de sirenas capaces de hechizar a los marineros hasta engullirlos en las profundidades. Tal vez sean los cantos del apocalipsis. Pero me importa un cuerno. Me pongo delicadamente los audífonos del pequeño MP3 que mi sobrino favorito, Eduardo, me regaló antes de mi partida, y me pincho escuchando a todo volumen al grupo Nirvana, un nombre muy a tono con este preciso momento. Todavía no hemos tenido “jornada de gas”, como me lo explicó La Chica Jirafa, pero encontré en el cajón de mi mesita de noche una linda máscara de cartucho con carcasa dorada. No pude resistir a la tentación de probármela frente al espejo y me vi tan guapa, pero tan guapa, de una belleza ultra contemporánea, escultura híper innovadora, que ya ansío desfilas como top model en la pasarela del futuro durante la próxima “jornada de gas”. Es cierto que vivo en tiempos oscuros, pero puedo verlos como me plazca. Moriré bailando.

¡Libertad!

Apenas he visto el celular pues toda esta maraña de redes y mensajes – uy, esos cientos de mensajes, ¡qué plaga! – me parece vana y superflua. Así pues, la vida en el Cortijo del Pescado es poderosa y suave, como esos perfumes de jazmín, y sólo espero una cosa: nunca irme de este lugar.

— Anciana, ven a admirar mi carro que llega, grita El Perro. Mira la carretera que sube al pueblo, ¿ves el punto rojo, allá? Es mi nuevo carro. Me lo vienen a entregar.

— Enhorabuena, Perro, se ve bonito.

— Querrás decir que es sublime. El último modelo de Tesla. Mira cómo se come las curvas, parece que baila flamenco. Vaya que sí baila, mi nuevo carro. Y todo eso sin conductor. Es eléctrico, lo programas y se las arregla solito.

— Claro que no, eso es imposible.

— Ya verás que sí. Pero'jo de puta, qué sublime se ve. Mira, mira como agarra velocidad en línea recta. Como asciende por el paso. Qué tecnología. Éste es el coche de hoy, Anciana. Ahora El Gato se va a ver patético con su viejo bmw.

— No bromees, Perro, ¿no hay ningún conductor en el carro?

— ¿No me crees? ¿Cuánto apuestas? ¿Mil euros? ¿Cuánto das?

Al hacer esta apuesta, los ojos del Perro se han encendido como los faros de un jeep Hummer en la noche. La Chica Jirafa tiene razón, ese can tiene una relación especial con el dinero y el juego. Decido provocarlo un poco, para ver hasta dónde está dispuesto a llegar.

— ¿Mil euros? Eso es lo que llamo una oferta de “apostador de poca monta”.

— Qué pasa, ¿quieres subirle?

— Claro.

— Vaya, muy bien. Lo duplicaré ¿Dos mil euros?

— Pff.

— ¿Ya veo que no le temes a nada, eh, Ancianidad? ¿Quieres apostarle tres mil, eso es?

Así que El Perro está dispuesto a apostar el equivalente a casi cuatro meses de salario de un obrero de la región. Hasta se olvida de mirar su Tesla rojo que serpentea en la montaña. Se ha volteado hacia mí con todo su cuerpo y sus ojos se clavan en los míos sin soltarlos ni un nanomilímetro. Me siento un poco atrapada en mi propia trampa. Y más aún cuando sus ojos almendrados son fascinantes. De un negro azabache. Madre mía, yo podría ahogarme en ellos. En sus ojos veo pasar todos mis recuerdos de viajes en Asia y estoy a punto de sumergirme en ellos. Estoy atrapada en los torbellinos de una vorágine... La corriente es tan intensa. ¡Es Asia! Es el descenso a Asia. La siento, mi locura, el irresistible llamado, la aspiración... ¡Me devora! La siento, mi Asia. Esos ojos... Y como autómata, con

una voz clara y precisa, digo: “Cinco mil.” El Perro me choca la mano: “Trato hecho. Cinco mil.”

Estoy frita.

Traducción del francés: Adrien Pellaumail (CPTI-IFAL)